

EL JUEGO

Todo comenzó cuando mis hijos volaron de casa. En ningún momento pensé que estuviera sufriendo el típico síndrome del nido vacío. Nada de eso. Nunca me sentí más feliz que cuando los vi desfilando por la puerta, con la *samsonite* de cuatro ruedas que los Reyes les habían ido trayendo para cuando surgiera la ocasión. Con cada uno cerraba la puerta tras su marcha y rezaba para que les fuera muy bien, para que el destino les deparara la mayor de las alegrías y se convirtieran en hombres de provecho. Rezaba para que no aparecieran de nuevo más que de visita. Adiós, con Dios.

Lo que les quiero contar comenzó algo más adelante, cuando empecé a acostumbrarme a estar sola en casa la mayor parte del día sin tener que estar pendiente de unos y otros. Solo me quedaba Manolo, quien con su jornada partida en la fábrica y sus vinos después del trabajo llegaba a casa a la crítica hora de la cena. Manolo siempre ha sido de dieta frugal, así que tampoco me daba mucho que hacer. Una tortilla de dos huevos o un sándwich conformaban el menú, lo que en unos minutos, como pueden entender, estaba listo. La lavadora, sin mis tres hijos pululando por la casa, debió sentir un gran alivio, el mismo que yo a la hora de la plancha. Lo explico para que comprendan mis horas de asueto en soledad.

La soledad es muy mala si no sabe gestionarse bien. Da miedo pensar en esas depresiones de las que habla la gente y de las que es tan difícil salir. Afortunadamente, no fue mi caso. Había anhelado durante tantos años mi libertad que los primeros días, cuando me vi sola, no hacía más que holgazanear y recorrer el piso desorientada. Yo había estudiado lo justo, así que la idea de incorporarme al trabajo, aunque sobrevoló mi cabeza en alguna ocasión, tampoco era un buen plan, más sabiendo cómo está ese asunto, que si una no sabe hablar danés, teclear cinco mil pulsaciones por minuto o hacer el pino en la

espaldera, cuenta con pocas posibilidades. Como entretenimiento, la televisión siempre me ha parecido soporífera, sobre todo por las mañanas, con esas cotorras que se pisan las palabras y saben lo mismo de la situación política de Kazajistán que de encefalitis bacteriana. Cuánta sapiencia perdida en esos cuerpos fibrosos, víctimas de horas de spinning, abdominales hipopresivos y ensaladas de rúcula y manzana. Que no, que no. Que me aburro con esos programas más que una tenca. Leer decían otros. Leer distrae y a la vez culturiza. Yo, con las sombras del Grey ese, tuve bastante. Y el *Hola* ya se ha puesto a un precio imposible. Con todos los ingredientes que les he mostrado, hice una buena macedonia: tenía que buscar algo interesante que ocupara las mañanas. En estirar las sábanas y pasar la mopa, no se tarda nada. Después de la briega de lavar la ropa de tres adolescentes de hormonas desbocadas, cocinar ingentes cantidades de comida que desaparecían como por ensalmo y correr de una clase particular a otra como una gacela por la sabana, cualquier tarea doméstica tras su ausencia era pan comido. Manolo y yo nos las apañamos con bien poco.

Un día, colocando nuestro armario, me dio por probarme su ropa. Me refiero a la de mi Manolo. No sé qué me llevó a esa idea, quizás solo quería experimentar cómo se sentía una vestida de hombre. Me ponía sus camisas de cuadros, sus jerséis de pico y sus pantalones de tergal. Me miraba en el espejo del cuarto y, para redondear la jugada, me pintaba con el lápiz de ojos el mismo bigotillo que él luce desde que nos casamos. Me tensaba el pelo y de esa guisa me dedicaba a pasear por la casa. Me servía una cerveza, me sentaba en su sillón y, con los pies sobre la mesa, imitaba sus gestos y sus palabras: *¡Cómo está el país! ¡Esto no hay quien lo aguante! ¡Mira a Arturo! ¡Todo el día cobrando el paro sin dar un palo al agua! ¡Él sí que sabe!* Todo lo adornaba bebiendo de la lata y agitando los brazos, porque Manolo siempre ha sido muy teatrero y es muy fácil parodiarlo. Cada día, variaba el atuendo. Llegué a imaginarme cómo sería Manolo

con perilla, con distintos tipos de barba, con patillas a lo Curro Jiménez o con el pelo largo, salvando las distancias, como Brad Pitt. Unos días, llegaba al salón con su traje de las bodas, porque imaginaba que nos habían invitado a un fiestorro, o me sentaba en el sillón con su bañador de flores, deleitándome de un magnífico día de playa en Matalascañas. Después, tal y como había montado la escena, volvía al punto de partida: tiraba la lata de cerveza a la basura, me desmaquillaba el bigote o lo que fuera que hubiera tocado ese día, me ahuecaba el pelo y guardaba de nuevo su ropa en el armario. Se me puede acusar de majadera, pero el tiempo que me llevaba en preparar la pantomima disfrutaba de lo lindo.

Un día se presentó a media mañana. No había ocurrido en los veintisiete años, dos meses y un día que llevábamos casados. Después, me explicó que había habido una avería en la fábrica y que habían tenido que detener la producción, con lo que el jefe los había mandado a casa hasta nuevo aviso. Pero eso fue después de sorprenderme con su ropa.

—¿Qué haces así vestida? —me soltó encogiendo el labio superior.

¿Qué se contesta en esos momentos? Antes de rogar que me tragara la tierra, preferí salir del paso.

—¿Te gusto? —Se me ocurrió preguntarle a modo de respuesta, insinuándome y lanzándome a sus brazos.

Me ahorro los detalles de la escena que se sucedió debido a su alto grado de erotismo. Prefiero preservarla en mi intimidad. Solo puedo contarles que, a partir de entonces, cada tarde, sin pasar por el bar, mi marido abría la puerta y yo le esperaba vestida de Manolo con las mismas ganas que Penélope aguardaba a Ulises.

Al mes de estos juegos que surgieron espontáneamente, dimos un giro de tuerca. Manolo fingía que era yo y se vestía con mis blusas y mis faldas. Se maquillaba y perfumaba con un esmero que daba gusto verle. Integrados en nuestros papeles, después

de la pasión, cenábamos como siempre y veíamos la televisión agarrados de las manos. Él como yo, yo como él. Ya en la cama, Manolo se ponía mi camisón y yo su pijama. Hasta que por la mañana volvíamos de nuevo a nuestro ser. Nuestra locura parecía no tener fin.

Una mañana me presenté en la fábrica de Manolo, ataviada con su ropa, a solicitar empleo. Me había comentado que se había jubilado un compañero y que el día que narro, tras una entrevista, elegirían a uno de los demandantes. Sin confesarle a Manolo mis pretensiones, me senté en el despacho del gerente y respondí a todas sus preguntas. La empresa se encargaba de envasar comida preparada y, en eso, yo casi que tenía un máster. No fue hasta que me comunicó que estaba «contratado» cuando le confesé que era una mujer. Todavía no comprendo por qué en la empresa no trabajaba ninguna mujer, pero fue gracias a mi engaño cuando, tras comprobar mi eficiencia, comenzaron a contratar a otras.

Ahora Manolo y yo vamos juntos al trabajo. Hemos solicitado una reducción de jornada y disfrutamos de nuestras tardes de pasión. Los fines de semana tenemos que estar alerta a la hora en que vienen nuestros hijos a visitarnos, no vaya a ser que nos pillen in fraganti y les creemos algún trauma. En cuanto se despiden, Manolo y yo corremos al armario. Manolo dice que le encanta ponerse en la piel de una mujer, que se siente, subido a mis tacones, como si fuera la reina del mundo. No se da cuenta de que no estamos siempre subidas a ellos, pero por ahora no pienso sacarle del error. Cuando se pone mi bata, lo veo como a una amiga, se transforma y se vuelve cariñoso. Yo, con sus jerséis, me embargo de preocupaciones que no conocía. Le miro y comprendo que lo necesito a mi lado, que soy más feliz junto a él. A través del juego, siento que nos vamos acercando, que estamos aprendiendo a tomar lo mejor de cada uno. Supongo que en algún momento se acabará este teatro que hemos montado, que volveremos a ser nosotros mismos. Que

dure lo que quiera. Yo, de momento, debo abandonar este relato. En un rato vienen nuestros hijos y tengo que limpiarme este ridículo bigote.

JANE